



Amor sin cancelación

Por Begoña del Teso

Todo empezó en 1984. Con y como una pesadilla. Que sucedía en la Calle del Olmo, Elm Street. Johnny estaba allí. ¿Os acordáis? 1, 2 *Freddy viene por ti*; 3, 4 *cierra la puerta*, 5, 6 *coge un crucifijo*; 7, 8 *mantente despierto*; 9, 10, *nunca más dormirás*.

Johnny estaba en la calle y en la pesadilla. Era Glen Lantz. Se portó como un héroe, pero ¿quién puede con el asesino del jersey a rayas, el sombrero y la mano enguantada con cuchillas de afeitar? El matón que habita nuestros sueños le arrastró al Averno, hizo que su sangre salpi-

case la pantalla y absorbió su alma. No sería hasta cuatro películas después que su espíritu sería liberado.

1984. Entonces conocimos a John Christopher Depp II, pero no fue hasta 1990 que algunas, algunos, *tantes* sentiríamos por él amor al primer corte. A la primera lágrima. Hasta el 90. Aunque en el 86 le vimos en *Platoon*.

1990: Eduardo. Manos. Tijeras. Por, by, Tim. Burton. Con Johnny en el papel estelar. Con Winona. Con Diane. Con Vincent. Amor al primer corte. Era el chico más pálido, más especial, más solitario de aquella urbanización pintada al pastel. Amábamos sus cicatrices, su corazón de galleta de jengibre. Amábamos sus

tijeras. Su vestuario. Su fragilidad. Su delgadez. Con él, hoy lo sabemos, el Puppy del Guggenheim no habría estado jamás en peligro de extinción. Él habría cuidado sus flores.

Amábamos a Johnny porque era Eduardo. Y porque amábamos a aquellos y aquellas con quienes trabajaba. Detrás del Chico-Lágrima estaba John Waters, de la estirpe de otros pobladores fuera de toda norma de Baltimore, Hammett, Divine o Poe. Amamos ese musical que jugaba a ser *Grease* pero rezumaba gomina, 'hairspray'.

Amábamos a Johnny porque siempre se mezclaba con gente a la que luego unos cuantos le negarían el

pan, la sal y el celuloide. Por ejemplo, el Kusturica de *El sueño de Arizona* (1993). Le amábamos porque, Señor, cómo le sentaba la chaquetilla (torera) de angora de *Ed Wood* (1994).

Puede que alguien diga que estábamos buscando desesperadamente a Jack. Por supuesto. ¿Quién no ha amado en su vida a un pirata? ¿Quién no ha soñado con ser el corsario Laffitte o la temible Anne-Dieu-Le-Veut? Y, sobre todo, ¿quién no habría querido aplicarse el kohl en los párpados como lo hace él, Jack Sparrow, el pirata caribeño?

Así que le seguimos amando. Como lo amaban Jim Jarmusch y Terry Gilliam. Porque en su gabinete de las

maravillas de Fleet Street él, Swenney Todd, manejaba la navaja como antes las tijeras. Porque ¿quién no tomaría el té con el Sombrero Loco de Alicia? ¿Quién no amaría al productor de *La invención de Hugo y Crock of Gold: Bebiendo con Shane MacGowan?* ¿Al editor de la novela *Una casa de tierra*, de Woody Guthrie?

Fue amor al primer corte. A la primera lágrima. Al primer mordisco de chocolate. ¿Quién no amaría al padre de una actriz de sangre cheroqui, apadrinada por Marilyn Manson? Amamos, sí y también, a Lily-Rose, hija suya y de Vanesa Paradis.

Sigue siendo amor. Transgeneracional. Por los animales. Fantásticos.

Lejos de la ortodoxia

Quim Casas



EDUARDO MANOSTIJERAS (1990)

La entente entre Depp y el director con quien más veces ha trabajado, Tim Burton, resultó modélica en esta película fascinante que mezcla felizmente la fantasía, la lírica adolescente, la reivindicación de lo que la sociedad rechaza, las comedias socarronas de Frank Tashlin y la publicidad de Avon.



ED WOOD (1994)

Si Burton y Depp han trazado en sus colaboraciones diversos retratos de personajes disidentes que se apartan de la ortodoxia, ¿qué mejor que un *biopic* sobre Ed Wood, cineasta de serie Z de los años cincuenta que se vestía de mujer y ha sido considerado el peor director de la historia del cine?



DEAD MAN (1995)

Acostumbrado a trabajar con músicos y no actores como intérpretes de sus películas, Jim Jarmusch contactó con una estrella *indie* como Depp para protagonizar un western inclasificable alumbrado, según su director, por Ozu, Kafka y Bresson, inspirado en William Blake y de gran belleza en blanco y negro.



MIEDO Y ASCO EN LAS VEGAS (1998)

Una película sobre el desfase protagonizada por Depp y Benicio del Toro viajando en un coche cuyo maletero es un arsenal de drogas de todo tipo. No podía ser más delirante tratándose de una novela de Hunter S. Thompson, el apóstol de la cultura ácida, dirigida por el ex Monty Python Terry Gilliam.



DESDE EL INFIERNO (2001)

Atraído siempre por los desafíos, el actor se embarcó en la adaptación de un inadaptable cómic de Alan Moore y Eddie Campbell que aporta interesantes interpretaciones sobre la verdadera identidad de Jack el Destripador. Depp encarna a un policía absorbido por el criminal y el crudo mundo de Whitechapel.